

RUBEN LOPEZ RECENDEZ y JORGE CERVANTES BORJA
Investigadores del Instituto de Geografía de la UNAM, México

FRANCISCO HERNANDEZ
EN LA GEOGRAFIA

Desde el punto de vista de la concepción contemporánea de la Geografía es muy aventurado emitir un juicio objetivo y total acerca del valor geográfico de la obra del doctor Francisco Hernández; para verdaderamente justipreciarlo es menester trasladarse a la época de Felipe II, que le tocó vivir. Sería injusto evaluar sus merecimientos a la luz del conocimiento actual, pues éste, que ya difiere del tradicional, se aparta, con mayor razón, del que se tenía en el siglo XVI.

Sin embargo, una prueba palpable del interés científico del doctor Hernández se desprende del hecho de que a la expedición que él dirigía se hubiese agregado un geógrafo, Francisco Domínguez, que tenía la obligación de «tomar las alturas y medidas de los territorios de América, para levantar un mapa preciso de estos nuevos dominios» (1).

Más aún, Francisco Hernández había sido designado protomédico y, consecuentemente, en su nombramiento no se menciona que tuviera el encargo de realizar trabajos de índole geográfica; pero el geógrafo informa al rey que el doctor Francisco Hernández, además de funciones que le competen, ha tomado a su cargo «la descripción de esta Nueva España, mediante la cual fuese puesta y regulada esta

tierra debaxo de razón de cuenta de sphaera, como lo ha hecho Ptolomeo en su tiempo a todas las partes orientales deste orbe» (2).

A pesar de su condición de naturalista, o muy probablemente por ella misma, Hernández poseía amplios conocimientos geográficos, como se desprende de sus comentarios a Plinio y de su «Geografía de Asia» (3), obra inédita, pero de gran interés y originalidad, en la que se recopila todo lo que en esa época se conocía de dicho continente.

Además, la valía de Hernández se acrecienta si se toman en cuenta los obstáculos que hubo que vencer, entre otros, que el geógrafo con él comisionado, Francisco Domínguez, instigado por el virrey, dejase inconcluso su trabajo; además, que el propio virrey, por sedicente mandato del rey, mandara «a la Real Audiencia que hiciese demarcar la Tierra» (4), para lo cual «se había nombrado cosmógrafo cronista del Consejo de Indias a Juan López de Velasco, dándose ordenanzas para hacer las tablas de cosmographía de Indias y todo lo demás que toca a su oficio» (5).

Otro impedimento no menos grave para la obra geográfica de Francisco Hernández es el hecho de que, precisamente por las interpretaciones equivocadas (para no calificarlas de

dolorosas), hubiera momento en que tres geógrafos tuvieran a su cargo el quehacer geográfico.

Empero, es el mismo Hernández quien sigue con el encargo, y de él dependerá el geógrafo que realice el trabajo material.

En síntesis, parece que un destino adverso se enseñará con la obra del doctor Hernández; su trabajo se ve entorpecido por intrigas de índole política, hasta que, conjuradas, así sea parcialmente, el geógrafo inicialmente designado, Francisco Domínguez, por interés político y económico decide continuar su trabajo bajo la dirección del propio Hernández; pero todo con gran lentitud, sin que se conozca de manera cierta en qué consistió su trabajo, aunque de las cartas que el propio Domínguez escribió al rey se deduzca que «anda tomando las alturas y demarcando la tierra» (6), levantó «el mapa de la Audiencia de México» (7) y «la descripción de todo lo hecho desta Nueva España en un cuerpo a manera de universal, el cual está descripto en ocho vitelas de Flandes» (8). Asimismo, el propio Domínguez hizo un informe sobre la manera de evitar las inundaciones de la ciudad.

Es verdaderamente sensible que no podamos disponer de algunas fuentes que nos darían luces cabales, claras y concretas acerca de la obra geográfica del doctor Francisco Hernández; sin embargo, algunos datos sí son insoslayables; por ejemplo, sabemos que describió la «Corografía» (9) de la Nueva España, si bien «los datos geográficos no están acabados» (10), toda vez que Francisco Domínguez, el 8 de abril de 1581 escribe que el doctor Francisco Hernández llevó al rey los «primeros borradores» (11).

Asimismo, otros autores también hacen referencia a los trabajos geográficos de Hernández, como, por ejemplo, «descripciones del sitio, de las provincias, tierras y lugares de aquellas Indias y Mundo Nuevo, repartiéndolas por sus climas» (12).

Todo lo apuntado nos lleva a la conclusión de que si el doctor Francisco Hernández era esencialmente naturalista, entre sus conocimientos y trabajos no debe desdeñarse sino, antes bien, enaltecerse su obra geográfica como parte de su eminente labor de investigación y hombre de ciencia.

Más aún, se ha cometido una injusticia al no mencionar entre los historiadores de Indias al doctor Francisco Hernández, pues si bien colectivamente aquéllos son englobados por un calificativo genérico como especialistas en una ciencia diferente de la geografía, sus descripciones se adelantan con mucho a la realidad geográfica de su tiempo e, incluso, de épocas más recientes. Corroboración de ello es el hecho de que, por ejemplo, José María Martínez Val, en «El paisaje geográfico en los historiadores de Indias», *Revista de Indias*, año VI, N.º 20, 1945 (13), no mencione en lo absoluto al doctor Hernández.

Como traductor de los libros III a VI de la «Historia Natural» de Cayo Plinio Segundo, esto es, de la parte geográfica de dicha obra, Francisco Hernández es, por decir lo menos, sumamente creativo. Así, no ve el texto que traduce como un monumento intocable de la antigüedad clásica, sino como algo muy vivo y útil para el hombre de su tiempo, y si bien lo vierte respetando con gran pulcritud intelectual su texto, añade notas y comentarios que lo corrigen, actualizan, amplían y enriquecen a tal grado que equivalen a una nueva creación.

De hecho, lo que Hernández llama su «interpretación» es frecuentemente más larga que el texto que le sirve de base, si bien, al no mezclarse con éste —como fue costumbre en otros traductores e intérpretes de la época— sino al mantenerse escrupulosamente separado del mismo, lo convierte en un modelo cuidadosamente respetado sobre el que el traductor puede hacer virtuosísticos bordados que le permiten volcar libremente toda su erudición y conocimiento. Empero, su trabajo, lejos de obedecer a los empeños de la vanidad, tiene un claro propósito utilitario: se trata no tanto de reproducir una obra de valor histórico como de ofrecer conocimientos útiles a sus contemporáneos; es decir, de una tarea de finalidad eminentemente pragmática.

Si bien, cuando dice: «cuanto más yo que soy el menor de todos y que hago principal profesión de otras cosas muy diferentes» (14) confiesa nos ser especialista en la Geografía, demuestra que está muy enterado de la materia y del estado que guarda el arte geográfico en su época, al decir: «otras cosas havia más generales y necesarias para el conocimiento perfecto de aquesta facultad, como fuera dezir la utilidad de la geographia, la diferencia que

hay entre ella y la cosmographía, corographía y topographía, lo que es menester para hazer descripciones en plano o en redondo del mundo o de cualquier parte de él, o entender las hechas de otros, como son los eclipses, longitudes y latitudes, distancias de ciudades, climas, paralelos, diversidad de días en cada región, las millas que corresponden en cualquier círculo mayor o menor a cada grado, términos desta facultad, historias y peregrinaciones antiguas y modernas, mudanzas de nombres y de ciudades, o las que del todo se han perdido o fundado de nuevo, división general antigua y moderna del mundo, y la correspondencia de ambas y como no ha siempre guardado nuestro autor el debido orden de descubrir la Tierra» (15). Incluso, al comparar a Plinio con Ptolomeo, y examinar entre sí sus procedimientos así como frente a los conocimientos geográficos recién adquiridos en su tiempo, demuestra cierto virtuosismo en la materia, como ocurre en el siguiente pasaje:

«Divide en este capítulo nuestro autor la tierra habitable por paralelos y las distancias o intervalos de éstos por las sombras y gnomon, que llaman también ombliigo, porque cuanto éste se aparta más del Sol haze más larga la sombra, de do viene que en Egipto y en el círculo que por él pasa, en el tiempo del equinoccio, se haze la sombra poco mayor que la mitad del gnomon. En la región de Venecia y su paralelo que dista de la equinoccial 40 grados, por abrazar la mitad de la cuarta de la esfera, es la sombra igual al gnomon y así va creciendo según que el paralelo del Sol se va apartando. Ptolomeo divide también la Tierra que él supo ser habitada, con secciones o líneas paralelas cuyas distancias no distinguió con sombras y gnomon, como Plinio, pero por la diversidad de los mayores días unos entre otros excediendo por una cuarta de hora los unos a los otros intervalos. Son estos paralelos unas líneas circulares que distan por todas partes igualmente, las unas como digo, de las otras, pero no por iguales grados o partes de meridianos. Ni a iguales grados destes paralelos corresponden iguales distancias o millas en la Tierra, antes tanto más cuanto son los paralelos más llegados a la equinoccial, o mayores hasta de Ptolomeo se tiene por mejor manera de dividir la Tierra. Verdad es que en nuestros tiempos, a causa de la mayor declinación del Sol y de haverse descubierto muchas más tierras hazia todas cuatro partes del mundo y mayormente hazia occidentè y mediodía, ni el mundo de los paralelos ni el

acceso de los días mayores corresponden al de los antiguos, lo cual es causa que sea menester mayor diligencia cual algunos modernos han, sobre Ptolomeo, hecho, añadidas para mayor claridad y verdad tablas a do se acudirà, porque la ocasión no sufre que más nos estendamos.» (16)

Dicho virtuosismo, aunado a gran sentido de la lógica, le permite, incluso, hacer comentario enmendatorio del original, si bien, modestamente, al final deja abierta la cuestión, con sano criterio científico, en vista de lo oscuro del asunto y de la falta de material empírico que pruebe cualquier posible punto de vista.

«(Del Milliario). Está tan viciado (según yo creo) este texto que sería desatino gastar mucho tiempo en hazerlo que significace alguna sentencia que tuviese substancia y verdad, pues, en fin, más ha de ser adivinar que no aceptar. Porque el ámbito de Roma fue de 13 mil 200 pasos (aunque Leandro lee 20 mil) y el diámetro ha por fuerza de ser una tercera parte y un setavo, poco más a menos. Fuera de la razón parece que tenga el diámetro de Roma 30 765 pasos siendo el ámbito cual havemos dicho. También tiene dificultad lo que dize ser las puertas 37, pero de manera que se pasen siete y deze se cuenten una vez porque si quiera dezir que hecho esto quedan 37, danse ya a entender haver sido primero 55, lo cual es ageno de toda verdad, y si dize que de las 37 se pasen siete y se dejen de contar 11, que es lo mismo que contar 12 una vez, no sé para qué cuentan las que se cerraron y dexaron de ser si no es para dar a entender que fueron o, ¿por qué se han de contar 12 una vez si realmente eran 12? De la suma de los nombres de que tenemos noticia no se puede conjeturar cosa, pues son muchos y diversos, ya de diversas, ya de unas mismas puertas. De aquí ha venido que muchos leen 37, otros 36 y otros 24, contando en ellas las 14 que hay, hoy, a cada: la Aurelia, que son la Flumentana, que después se dixo Flamminia y agora del Pópulo; la Collatina, que después se dixo Pinciana; la Agonense, que después se dixo Quirinal, después Collatina y, en fin, Salaria; la puerta Viminal, que agora llamamos de Sancta Inés; la Gabrusa, hoy de San Lorenzo; la Esquilina o Labicana, que después se llamó Prenestina y hoy la Mayor; la Celimontana, de después se dixo Asinaria y agora de San Juan; La Ferentina, que después se llamó Latina; la Capena, que después Apia y agora de San Sebastián; la Trigésima, que después dixo Ostiense y agora de San

Pablo; la Naval, que después llamaron Portuense; la Janiculense, que se dixo después Pancraciana o de San Pancracio; la Fontinal, dicha después Septimiana; la puerta Aurelia, acerca de la Mole de Adriano, que después dexó de ser. Itén otras diez que sospechan ser las que había en tiempo de Plinio, conviene saber: la Querquetularia o Querquetulana, en el Viminal; la Piacular, la Catularia, Minucia, Dingiona, Sangualis, Naevia, la Rauduscula o Randusculana, Lavernal, Libitinense, Triumphal en el Vaticano Trastiberini, fuera del número.

Estos mismos diez que podrían ser las siete que Plinio dexó de contar, porque se perdieron las cuatro de Rómulo, conviene saber: la de Mucion o Trigonía; la Rumanula, que después se dixo la Puerta Vieja del Palacio, y la Carmental, que después se dixo Malvada y Tarpeya, a las cuales cuatro añaden otras tres que son: la Saturnia, después llamada Pandana; la Ratumena; la Salutar, en el collado Quirinal, de manera que cada uno modera el número de las puertas de Roma que Plinio pone según le dicta su alvedrío y le parece más verosímil.

También haze dificultad ser el semidiámetro, que pone hasta las postreras casas, tan monstruoso que sería de 120 mil pasos. En tan grande dubda quiero, aunque parezca atrevimiento, dezir mi sospecha y es que Plinio haya querido dar a entender no el diámetro del circuito sino la suma que hazen los semidiámetros que van desde el Milliaro hasta cada una de las puertas, los cuales todos son iguales y éstos dize que suman 30 766 pasos. Leo puertas 32, no 37, que bien será lícito conjeturar en tanta variedad de lecciones o letras, pues siendo el ámbito de 13 200 y su diámetro 4 400, poco más o menos, si se multiplican 4 400 por 14 puertas que quedan, quitadas 11 y 7, que son 18, harán poco más o menos la suma que Plinio pone por derecho de toda Roma. Persuádeme a esto ver que cuadra en tal número, no pudiendo de otra manera cuadrar y, también, que hablando del diámetro que va hasta las postreras casas, dize que se ha de contar por los vicos, porque dezir (según veo lo afirman algunos) que hable del diámetro de Roma contando los arrabales, téngolo por desvario pues no había Plinio de asignar ámbito de una cosa y diámetro de otra, cuanto más que luego señala el que se constituye hasta las casas postreras.» (17).

Por otra parte, a pesar de su erudición y universalismo, no reconociéndose a sí mismo como geógrafo, aunque evidentemente tiene los méritos para ello, marca cuidadosamente los límites de su tarea, como ocurre en el

pasaje: «No me detendré todas veces en confirmar lo que de semejantes negocios afirmaré por huir prolixidad, que será muy necesario hazerlo por haver emprendido cosa inmensa aunque a los lectores, según creo, agradable. A los cuales aseguro de no dezir coza temerariamente, antes considerándola y examinándola primero con los autores e información de los que están avisados del continuo caminar y experiencia de los viajes, haziendo de él acta e inclinando al que, entre ellos, me parecieran allegarse más a la verdad en negocio, como he dicho, de tanta dificultad y dubda, tomando yo a mis solas el trabajo y enfado que había de dar siendo prolixo, a truco de que los que se dignaren a ver estas vigilias den algún crédito a mis palabras teniéndose alguna confianza de su autor.» (18)

Adicionalmente señala el carácter pragmático de su comentario y la actualización del texto Pliniano, de modo muy claro y de manera que establezca límites a su empresa. Así, nos dice:

«Incúmbenos procurar en la declaración que intentan en estos libros de geographía, aliende de otras cosa[s], que se conformen y apropien los nombres antiguos a la[s] poblaciones de hoy, y los nombres de hoy con las antiguas, ora duren, ora hayan perecido. Lo cual, si no siempre siguiere, pido se mire la dificultad de lo que emprendo a causa de las ruinas y destrucción, mayormente de Hespaña, donde tanta devastación y estrago han causado los bárbaros que a ella han penetrado. Porque las graduaciones de que nos pudiéramos servir o no las alcanzaron a dar los antiguos o las han corrompido, junto con los verdaderos nombres de las ciudades, los escritores de libros e impresores. Y aunque en esto no hubiera estrago, ¿quién podrá agora tornarlas a tomar por todo el mundo y, cotejándolas con las antiguas, hallar su asiento juntas, y así, finalmente, concordar lo antiguo y moderno? Y ya que se pudiese hazer, ¿qué aprovecharía estando tantas poblaciones antiguas subvertidas del todo y aún anihiladas, pues Antonino que con sus viages y otros autores que con los asientos y distancias de pueblos pudieran ayudar en algo nuestro trabajo e intento, o tienen los números o los nombres de los lugares mudados y corrompidos. La mayor culpa se imputa a los tipógraphos, pero no están los autores del todo libres della, pues es cierto no haver dado alguno hasta hoy perfección a esta cosa ni aun casi se puede esperar que la den los que nos sucederán. Haze este socorro más sin provecho

la mudanza de los viages a causa de haver los ríos, como dize Plinio, torcido sus rebueltas, o de haverse allanado otras asperezas que serían antes inaccesibles; las inscripciones y otras memorias gravadas en mármoles o monedas desenterradas, o se han gastado con el tiempo y orín, llevado a otras partes, tornándose a enterrar, u ocultándose en otros modernos edificios, con grande perjuicio nuestro y de la antigüedad. Si acudimos a los [autores] modernos, hallámoslo[s] tan llenos de errores que sólo pudieran dar materia de reprehenderlos si no pretendiéramos brevedad y tractar de cosas que sean más para aprovechamiento y doctrina de la posteridad, que no para infamia de los autores o ambición nuestra.» (19)

Abundando en ello, también señala:

«Síguense agora en el texto 53 ciudades que havrian ya en tiempo de Pli[nio] parecido, de quien no hay que hablar porque carecen de nombres modernos, que es una de las cosas que yo procuro enseñar en estos comentarios, porque la razón de sus apellidos antiguos, origen y cosas que han pasado por ellas se pueden, por la mayor parte, hallar en los autores.» (20)

Y, finalmente, delimita su tarea con una modestia que no corresponde a la realización lograda, de la siguiente manera:

«Antes pido al benigno lector licencia para acabar con la parte desta obra que toca a geographia, en que se ha dado razón del discurso de Plinio en ella, castigando lugares depravados declarándolos difíciles, y conferido lo antiguo con lo moderno, bien sé que según la dificultad desta materia, mudanzas de regiones y nombres, errores de los antiguos, depravaciones de códices y negligencia de modernos, apenas habrá quien pueda, cotejado lo antiguo con lo de hoy, hazer perfecta doctrina, en particular deste tan excelente negocio, quanto más yo, que soy el menor de todos y que hago principal profesión de otras cosas muy diferentes... pero porque otros antiguos y modernos han procurado de lo hazer y no es al presente nuestro intentar enseñar lo general desta facultad a los que del todo carecen della dilatando, inmensamente este libro, sino sólo ayudar a los que de los principios del todo no carecen, para entender lo que en particular refiere nuestro autor, no nos culpará nadie por lo que se dexa de dezir entendiendo que no sin deliberación y consejo lo havemos callado. Antes terná en algo al benigno lector mi voluntad que ha sido del bien común y público aprovechamiento a honra y gloria de Dios, nuestro Señor, que sea por siempre bendito y loado.» (21)

Ello no obsta, empero, para que critiquen los errores de los geógrafos de su tiempo, como ocurre, por ejemplo, en este punto: «Heme estendido más de lo que me dé licencia mi presupuesto y la profesión que hago de brevedad por ser este negocio mal entendido de geógraphos y así escribirse, debuxarse en los mapas muchas cosas tocantes a este río, muy de otra manera que en la verdad pasan» (22), con lo que nuevamente ratifica sus calificaciones en esta materia.

Todas estas precauciones que le dicta a Hernández su prudencia científica y su modestia no impiden, sin embargo, que emprenda, a su vez, incursiones en el terreno de una geografía descriptiva muy minuciosa, reveladora de un gran conocimiento del mundo conocido de su tiempo y, muy particularmente de su España natal, de la cual, como veremos más adelante, es orgulloso representante. Así, el siguiente comentario acerca del Guadiana resulta ejemplar:

«(Por Guadiana). Palabra es compuesta de Guad, que significa en arábigo río y, Ana, que era su propio nombre acerca de los latinos, de manera que quiere tanto dezir como río Ana. Es éste uno de los caudalosos de Hespaña. Va gran trecho guiado de oriente a poniente, sin término notable, apartado igualmente de Guadalquivir y, llegado a Badajoz o poco más abaxo, se trastorna a mediodía hasta llegar a la mar... Tiene, pues, este río su nacimiento en dos partes, ambas en término de la Osa, del campo de Montiel. El primero, en los Campoñones y, el segundo y más principal en el castillo que llaman de Rocha Frida, celebrado en los cantares hespañoles, a donde viene algunos años de más arriba. Antes que se junten estas dos fuentes haze cada brazo su laguna: el de Rocha Frida, la de San Pedro, y el de los Compoñones, la de Concejo. Juntados poco más abaxo de Rocha Frida, hazen una laguna que dizen la Colgada y, luego, la de Ruidera. Creen algunos tener otro tercero origen en la caverna de donde dizen venir agua por debaxo de la tierra a la Colgada, a la cual también acude de Sazedilla otro arroyo, entre éste y las lagunas. A la banda de septentrión se hallan las ruinas del antiguo Laminio, llamadas hoy la ciudad de Lagos. Húndese Guadiana baxo de Argamasilla y vase hundiendo poco a poco. Algunas veces va agua por cima, sin hundirse, hasta juntarse con lo de abaxo. Torna a salir Guadiana entre Villarrubia y Manzanares, no lexos de Villarrubia de los Ojos; corre Argamasilla por medio. Por razón de aquestas

oculataciones y nacimientos. Dize Plinio que gusta de nacer muchas veces, en lo cual erró no pocas Barreiros, y con él otros modernos, diciendo que nace en las montañas de Consuegra, como no nazca sino en el campo de Montiel, que dista notablemente de las sobredichas montañas; y en que llama ojos sus fuentes, lo cual es error porque los ojos que llaman de Guadiana son donde sale la última vez, como acostumbren los hespañoles a dezir fuentes el nacimiento de los ríos y bocas por las que se derraman en el mar, lo cual también hazen los latinos y griegos aunque sé que los hebreos y árabes no teniendo vocablo propio para significar la fuente, la llaman laina antalma, que quiere dezir ojo de agua, a diferencia del de la cara, que ellos nombran laina antalraz. Y [erró] en que pensó que las sierras de Consuegra son, acerca de los latinos, los campos Laminitanos y Laminio, Consuegra, la cual, como ya he dicho antes, es Consaburum, distancia de Laminio, y distante, según Antonino, de él por 35 mil pasos y de Murum por 38 mil. Entra este río en el Océano por dos bocas, una junto a Lepe y otra baxo de la villa de Ayamonte, cinco leguas una de otra poco más o menos. No es sólo el río Guadiana ocultarse y dexar en algunas partes campos libres para el pasto de los ganados y otras necesidades humanas, antes también de otros muchos de que los geógraphos hazen mención y, entre los demás, de Alfeo, río de la Morea, que llaman Fochio de la Villica, del cual testifican venir por debaxo de la mar sin mezclarse con otras saladas aguas a Çaragoça, de Sicilia y hazen allí la fuente de Aretusa cuyos amores dieron deleitoso y fértil materia a los poetas.» (23)

Sin embargo, como hombre de su tiempo, universitario, renacentista y producto de un momento de gran esplendor en España, no siempre resulta tan objetivo, e incapaz de renunciar a hacer santilmente gala no sólo de su erudición, sino de sus entusiasmos. Así, nos habla de Grecia de la siguiente manera:

«Llama Plinio Grecia lo que Ptolomeo Hellas, salvo que Ptolomeo encierra en su Hellas a Etolia y Locreos, las cuales Plinio describe por sí, como él y Ptolomeo, a Epiro y Morea. Cuyas partes son Achaia, Elis, Messenia, Lacónica y Argolis y enmedio destas, Arcadia.

Y así la Grecia, según Ptolomeo, tiene, por occidente, a Epiro o Albanian por el septentrión, a Macedonia y parte del mar Egeo; por el oriente; lo postrero de Sunio, cabo, que está en el mar Egeo y, por el mediodía, el mar Adriático, desde el río Cheloo por la costa del seno Corinthiaco, teniendo de la una parte del Isth-

mo y de la otra al mar Crético, hasta el cabo Sunio, que diximos estar en el mar Egeo. Strabón la comienza a contar desde el seno Ambracio, que está entre Epiro y Arcarnania, y atribúele todo lo que este golfo se acuesta a oriente y a la Morea, que tiene contraria, la cual, dexada a la mano derecha, la estiende hasta el mar Egeo.

Pero Plinio, habiendo tractado de la Magna Grecia en el tercero libro, que está en Italia, habla de Grecia y Atica en este capítulo, que es diversa de aquella, puniéndola en este tercero seno de Europa con las demás provincias que se ve en el texto. Fue esta provincia, antiguamente, la más célebre del mundo en todas artes y ciencias y, no menos, andando el tiempo, en la verdadera religión. Hoy está ocupada de turcos y mahometas, con grande agravio de la christiandad y, sus ciudades, por el suelo o mudadas y, sus gentes, muy bárbaras y ajenas de toda doctrina y cultura. Las cuales se llamaron de muchas y diversas maneras por muchas razones que al presente no quiero pararme a declarar, así como acheos, dólopes, dores, pelasgos, danaos hellenes, iones, mirmidones y argivos. Contiene en sí las regiones, ciudades, montes y ríos que Plinio refiere en el texto, de algunos de los cuales haremos, en el discurso deste comentario, particularmente mención.

Así que lo primero de Grecia dize ser Atica, la cual se termina por la parte de oriente con el mar Egeo; por el ocaso con Megaris; por el norte con Beotia, y por el mediodía con el golfo Sarónico; dizese hoy el ducado de Atenas.» (24)

Aquí quisiéramos, además, subrayar el siguiente pasaje:

«Hoy está ocupada de turcos mahometas, con grave agravio de la christiandad y, sus ciudades, por el suelo o mudadas y, sus gentes, muy bárbaras y ajenas a toda doctrina y cultura.» (25)

que revela los intereses e incluso las pasiones políticas de nuestro autor, implicando que ya entonces la geografía tenía también una dimensión política, como subrayaron en nuestra propia época MacKinder y Haushofer.

El filhelenismo de Hernández también se revela en este estupendo pasaje acerca de Atenas:

«Fue esta ciudad entre los antiguos por muchas y suficientísimas razones tan estimada y alabada, como todos saben, y aunque fuera mejor callar que dezir della poco, no dexaré de referir algo de su sitio. Está, pues, Atenas, que

hoy llaman Sethine, entre el templo de Diana, pequeño, o hermita, y Eleusine. Tiene, de la parte de septentrión, el río Asopo y, del mediodía, el Archipiélago. Tiene muchas islas cercanas que le eran causa de grande deleite y comodidad. En ella estava un templo famoso de Diana y un alcázar, alabado, con libros enteros, de los escritores. No quiero referir sus escuelas y letras de todos los géneros que en ella florecieron, que no tiene necesidad de mi loor; sólo me plaze dezir que solían tener los atenienses un puerto llamado Phalero, ayuntado a la ciudad con un muro y, después, haziendo los medos ímpetu a Atica, Themistocles, capitán de los atenienses, viendo que otro puerto llamado Pireo era más cómodo, persuadió a los ciudadanos que, dexado Phalero, edificasen el Pireo y así encerraron con un muro a Phalero, Pireo y Munichia, el cual era de piedras acomodadas entre sí y asidas con láminas de hierro, tan ancho que podían ir por él dos carros contrarios sin que se topasen. Era Munichia un lugarejo murado, con un hermoso puerto, el cual abrazava el Pireo y los demás puertos, junto con el atarazana famosa de Philón, y era todo este lugar capaz de 400 navíos, porque no embiavan los atenienses menos a l[a] guerra. Súfrase haverme alargado tanto en Atenas pues es muy poco todo para lo que pudiera dezirse.» (26)

Con el que no hace sino colocarse en el comienzo de una tradición cultural que se mantiene viva y vigorosa hasta el día de hoy.

Por otra parte, sus conocimientos no se limitan a la geografía física de su mundo, sino que revela ser un profundo conocedor de la geografía humana del mismo, aportando una serie de datos etnológicos y etnohistóricos excelentemente localizados en el espacio y que, cuando tienen un fuerte carácter histórico por ser ya en su época remotos en el tiempo, se entienden, sin embargo, como algo vivo y explicativo del mundo presente. Así, nos describe con estas palabras el origen de la población de España:

«(Bástulos). Llamábase todo lo que hoy dezimos Andalucía primero Bética a causa de Betis, río o pueblo, o como a otros les parece del rey Beto, el cual por dezirse también Turdetano, quieren haver sido causa que la misma provincia se llamase por otro nombre Turdetania. Esta se dividió después en tres partes porque los que habitaron la más occidental de las riberas de Guadiana se quedaron con nombre de turdetanos, y los que estavan encima de los bástulos y habitavan lo mediterráneo, hazia

la terraconese, se llamaron túrdulos, y los que debaxo éstos, por la riberas del Mediterráneo, bástulos. Llama a estos también Ptolomeo pinos, y hoy, por la mayor parte, son los del reino de Granada, y dellos haze al presente Plinio mención. (Iberos). Algunos creen haver dado a la Iberia asiática denominación a Hespaña y a su río Ibero y, principalmente, a la región Iberia que comenzó a par de él a denominarse así, contra el parecer de los que, por el contrario, sienten haver dado Hespaña origen y nombres a la Iberia asiática, afirmando que Hespaña se dize Iberia del río Ibero o Ebro y, el río, de Ibero, rey y sucesor de Túbal, del cual se conservó mucho tiempo y llamó, de su nombre, al río y a ella. Otros afirman no haver sido Ebro el Ibero que dió nombre a toda Hespaña, sino el río Tincto, llamado antiguamente Ibero, y así quieren haverse dicho más propiamente Iberia la región que está cerca de donde este río entra en el mar, que es entre Elva y Palos hasta el puerto de San Vicente. (Persas). Vinieron con el rey Nabuchdanasar, segundo deste nombre, persas y chaldeos, según testifican Josepho y Strabón y aun, como dizen algunos, también hebreos. Y así quieren haver dado nombres a no pocas ciudades de Hespaña que duran hasta el día de hoy, como Aceca y Escalona, Yepes, Maqueda y otros semejantes, los cuales nombres fueron primero de ciudades de Palestina. (Phenices). Vinieron éstos de Tyro y Sydón, ciudades no vulgares de S[y]ria, la primera vez, según se persuaden algunos, en el año 322 antes de Jesuchristo, Señor y Redemptor nuestro, naciese, trahiendo por capitán a Sicheo, marido de la reina de Dido. A causa de sus tratos tornaron a venir con Pigmaleón, el de 828, a habitar en Hespaña, con cobdicia de la plata que se havia llevado de los montes Pyreneos. La primera vez que vinieron aportaron a la isla de Cádiz, donde fueron recibidos amorosamente de los crithieos que descendían de los que antes haviam venido allí con Hércules, el griego. (Celtas). Las primeras gentes que vinieron en Hespaña, después de agotada la línea de los reyes antiguos, fueron los celtas, naturales de Francia y habitadores de la Provenza, donde fueron edificadas después Narbona, Mompeller y Marsella, porque como los tiempos se fuesen mejorando en Hespaña, después de una grande falta de aguas que havia precedido, volvieron los absentes a sus tierras, mayormente los que se quedaron más cerca, y con ellos, estos celtas brachatos. Los hespañoles más se bolvieron tomaron asiento junto se una parte de tierra que viene de las vertientes orientales de los montes Idúbedas, que hoy llaman de Oca, hasta las riberas del río Ibero o Ebro, a cuya

causa ellos también se dezían iberos. Apár-tanse los griegos deste parecer afirmando haver sido la causa de su venida ciertas pendencias que estuvieron con aquellos hespañoles cercanos a Ebro sobre los términos. Aunque después, como diremos en su lugar, vinieron en tanta conformidad que mezclados los unos con los otros se llamaron con nombre celtíberos y se fueron, poco a poco, estendiendo hasta los confines de las que solían llamar Bética y Lusitania, con más las riberas del mar que dentro de sus límites se contenía.

(Carthagineses). Todos saben haver pasado de Africa (a) Hespaña carthagineses. Y no fueron solas estas cinco naciones las que a ella vinieron, pues consta de las historias haverla también poblado diversos linages de griegos a quien por la mayor parte nuestra descendencia se atribuye, africanos, egiptios, troyanos, vándalos, alanos, suevos, godos, y últimamente árabes, y algunos dellos, después de los tiempos de Plinio, de los cuales no hablaremos al presente por no pertenecer a nuestros comentarios.» (27)

También nos habla en semejantes términos de Eleusio, en este comentario:

«(Eleusis). Barrio es un puerto de Atica, que vulgarmente se dize Antimilo, entre Magaris y Atenas. Aquí se celebraban fiestas y sacrificios estraños a Proserpina y Ceres y aquí halló, según es fama, esta muger, el trigo. Otras vanidades que de Ceres se cuentan en esta parte callo porque no hazen nuestro propósito»; del monte Himeto: «(Hymeto). Monte es célebre de Atica, no sólo por su excelente miel y mármol tan loado, pero también por una fuente que tiene que haze fértiles y parideras las mujeres que sin esto fueran infecundas y estériles», o bien de la antigua costumbre de dar un nombre secreto a los lugares y ciudades: «(La cual nombrar por el otro nombre). Porque tenían las ciudades, aliende del nombre sabido y a todos común, otro oculto y que no era lícito nombrar, y si los contrarios pedían a aquel dios que estava encargado de su tutela y amparo, nombrándole también por el nombre propio, se pasase con ellos desamparando sus enemigos, corrían riesgo de su destrucción, aunque añadian a las palabras sobredichas otras que pueden verse con los demás que a este lugar e historia toca en los problemas de Plutarcho, en el capítulo I de Solino y en el IX del tercer libro de Macrobio» (28).

No obstante que todo lo anterior prueba ampliamente que Hernández es un hombre ampliamente cualificado para emprender una tarea como la de Plinio, y ampliarla hasta

abarcar los conocimientos geográficos adquiridos en sus días, su ambición tiene límites, y señalando insistentemente que él se reduce a traducir al latino —si bien ya hemos visto cuán creativamente—, deja tal tarea, que reconoce necesaria para la ciencia y la mayor gloria de España, a otros. Así, nos dice que Plinio:

«Entiende a Asia y Africa, que no se había entonces conocido distinta y claramente otra cosa de lo mucho que se ha después descubierto con el valor y próspera fortuna de los invictísimos reyes de Hespaña, don Carlos V, Emperador también de Roma, y don Philip-po II, destos nombres, lo cual es tanto que ha merecido nombre de Nuevo Mundo, por no dezir de Nuevos Mundos.» (29)

Y hablando de la necesidad de una geografía modernizada, también señala que:

«En lo que toca a Hespaña nos hiziera alhaja no pequeña la graduación que, por mandato del rey don Philippo II, nuestro señor, hizo el maestro Esquivel, hombre docto en matemáticas, si prevenido de la muerte no dexara por acabar grande parte della y, principalmente, la Bética y Lusitania. Porque, aunque los errores de Ptolomeo en lo antiguo no dieran lugar a que cotehándolo con lo moderno se averiguara cosa, pero fuera ayuda no pequeña para que más nos allegáramos a la verdad y a donde ninguno hasta nosotros huviera allegado. Mas espero que entre otros beneficios recibidos de la mano de Dios, Nuestro Señor, por la de nuestro Invictísimo Monarca, se recibirá y conseguirá también éste, dándose perfección a lo moderno de Hespaña y de todos los demás de sus reinos, lo cual, si el resto de los principales hiziese en los suyos, gozaría nuestra edad de los que no gozaron los que nos precedieron». Y abundando en ello: «Describió, según que havemos visto, nuestro autor, en el libro tercero y cuarto, a Europa, repartida en tres senos, prosiguiendo primero sus partes más meridionales de occidente a oriente, y volviendo por las que se acuestan a septentrión, no cesó hasta tornar al poniente y parar en Lusitania, sin que ninguna de las cercanas ínsulas dexase de nombrar. Luego, nos dibuxó en el libro quinto, de Africa, todo lo que en su tiempo se sabía, con más de Asia la Menor y, de la Mayor, algunas regiones. En este libro sexto acaba lo de Asia de que él tuvo noticia y, con ello, todo lo que toca a geographía. Porque sabida cosa es haverse en nuetros tiempos descubierto, así de las tres partes del Mundo que los antiguos en alguna manera conocieron, como del Nuevo, que por la misericordia de Dios y felicidad de los reyes de Hespaña se ha de

pocos años acá penetrado, muchas cosas dignas de que algún hombre muy diligente [y] con favor de algún grandísimo príncipe en algún tiempo haga con los demás, juntando lo antiguo con lo moderno, muy particular y cumplida descripción e historia geográfica». (30).

A pesar de los límites que se autoimpone, la labor geográfica de Hernández tiene una veta adicional que cabe mencionar: su multicitado interés por España no es sólo de un nativo más de ese país, ni un adorno literario del texto destinado a aquellos de sus compatriotas que lo llegaron a leer. Se trata de una motivación geopolítica no formulada en claros términos teóricos, pero, por lo mismo, tanto más eficaz en el plano ideológico y en el pragmático.

Así, dedica a su país el siguiente comentario, extenso y tan encendido como —en este caso y en contraste con otros pasajes de nuestro autor— poco objetivo por la pasión que lo mueve:

«(Abunda casi toda Hespaña). Cógese en Hespaña muy buen pan y vino, azeite y miel en grande cantidad. Cria muy excelentes carnes, lana, seda, sal, oro, plata, azogue, alumbre, plomo, hierro y cobre. Hay en ella canteras de mármol, jaspes y otras piedras de grande precio y valor y, por abreviar, árboles, animales y minerales, cuantos son necesarias a la vida de los hombres; es muy sana región.

El temple de sus gentes, por la mayor parte cálido, el color moreno, y pequeñas las estaturas. Son los hespañoles astutos en la paz, diestros en la guerra, y animosos y sufridores de trabajos más que otras naciones. Las mujeres no son tan abundantes en casta como galanas y graciosas, si las comparamos a las demás. No bebían vino, y así va perdiendo este buen uso; procuran, afeitadamente, la hermosura y esto con no sé cuál lícitos medios, aunque son, sin artificio della, natural y bastantemente adornadas. Son los españoles grandes disimuladores y, aun de gran parte, maliciosos y malévolos, presumpuosos, callados, templados y poco serviciales. Su lenguaje es copioso y grave, aunque mendigado muchas veces de lenguas extranjeras. Sus perlados son muchos y muy ricos. Tienen dos chancillerías, sin la hermandad, inquisición, audiencia reales y consejos, que conservan la tierra en obediencia de Dios Nuestro Señor y de su rey, el cual tienen al presente muy valeroso y católico, por la misericordia inmensa de Dios contra la calamidad destes tiempos.

Hay muchas universidades donde se enseñan todas las ciencias, muchos monasterios y

templos de grande santidad y religión y, principalmente, Guadalupe y Monserrat. Son de grande ingenio, aunque están infames de cansarse presto de aprender y profesan, sin tiempo, magisterios; son más curiosos en el tractar sus personas que el resto de las naciones, a las cuales todas exceden en el culto de la verdadera y antigua religión y, finalmente, así por su ánimo y valor, por sus artes y ciencias, son en todo el mundo estimados y temidos.

Su paralelo medio tiene con el meridiano la proporción que hay de tres a cuatro. Su longitud, según modernas observaciones, es de cuatro grados hasta casi 19, que son 15, y su latitud desde 36 hasta 45, que son de nueve y, según la antigua de Ptolomeo, su longitud de uno hasta 21 que son 20 y de 35 hasta 47 su latitud, que son 12.

No es de callar que no hace Plinio mención de todas las ciudades y pueblos principales de Hespaña, antes de dexa muchos que en sus tiempos fueron famosos y otros que se han hecho en los nuestros más principales, entre los cuales, no es el menor Valladolid, pueblo tan excelente como todo el mundo conoce y confiesa. Y Madrid, la cual, si no fuera por la muerte del serenísimo príncipe don Carlos, que pasó, a la sazón que esto escribíamos, desta miserable y penosa vida, con inmenso dolor y pena de todos, a la felicidad y bienaventuranza del cielo, la cual muerte ha enturbiado y oscurecido su gloria. Pudiera tenerse [Madrid] por uno de los más excelentes pueblos de su tamaño que hay en Hespaña. Llamáronla los antiguos Mantua Carpetana, por estar en el reino de Toledo o Carpetana aunque no falta quien con grande error e invidia maliciosa quiera privarla deste nombre y atribuirle a un poblezuelo, no lexos della, que llaman Villamanta. Pero ¿cuál es el nombre de tan grosero entendimiento que en su antigüedad pone duda? Pues aliende de no cuadrarle del todo la graduación de Ptolmeo, haze (según lo tenemos mostrado) al caso muy poco; no es posible que un sitio tan saludable y fértil y deleitoso y de tan abundante comarca, que parece haverle Dios criado para que fuese perpetuamente casa real de los reyes de Hespaña, no haya sido también de los antiguos hespañoles (que no escogerían para su habitación los más desechados lugares) muy frecuentado. Su asiento es un lugar alto, descubierta al norte y visitado de muy sanos y frescos aires que tiemplan el calor del estío y purifican en todos los tiempos el cielo de todo lo que podría ser dañoso, a par del río llamado Guadarrama, que casi por sus haldas, sin ser a sus gentes en un pelo enfermo y dañoso, corre. Dizese estar cercado de fuego

NOTAS

(1) SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMAN: *Vida y obra de Francisco Hernández*, en Francisco Hernández, *Obras completas*, tomo I, capítulo VI, Regreso a la capital, inciso f, El cosmógrafo y sus problemas, pág. 252, Ed. Universidad Nacional de México, México, 1960.

(2) *Ibid.*, pág. 253.

(3) *Ibid.*, pág. 253.

(4) *Ibid.*, pág. 253.

(5) *Ibid.*, pág. 254.

(6) *Ibid.*, pág. 255.

(7) *Ibid.*, pág. 257.

(8) *Ibid.*, pág. 257.

(9) SOMOLINOS D'ARDOIS, GERMAN: *Bibliografía del Dr. Francisco Hernández, Humanista del siglo XVI*, cap. V, Manuscritos inéditos ignorados y desconocidos de los cuales se tiene noticia por las propias referencias de Hernández, (47), pág. 73, Ed. Unión Panamericana, Washington, D. C., 1958.

(10) *Ibid.*, pág. 74.

(11) *Ibid.*, pág. 75.

(12) *Ibid.*, pág. 75.

(13) MARTINEZ VAL, JOSE M.^a: *El paisaje geográfico en los historiadores de Indias*. Ed. Revista de Indias, año VI, n.º 20, España, 1945.

(14) CAYO PLINIO SEGUNDO, citado en: *Francisco Hernández, Obras completas*, t. IV, Historia Natural de Cayo Plinio Segundo, vol. I, Libro sexto, cap. XXXIV, pág. 301, Ed. Universidad Nacional de México, México, 1966.

(15) *Ibid.*

(16) *Ibid.*

(17) *Ibid.*, Libro tercero, cap. V, págs. 171-172.

(18) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, pág. 143.

(19) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, págs. 142-143.

(20) *Ibid.*, Libro tercero, cap. V, pág. 172.

(21) *Ibid.*, Libro sexto, cap. XXXIV, pág. 301.

(22) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, pág. 144.

(23) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, pág. 144.

(24) *Ibid.*, Libro cuarto, cap. VII, págs. 204-205.

(25) *Ibid.*, Libro cuarto, cap. VII, pág. 204.

(26) *Ibid.*, Libro cuarto, cap. VII, pág. 205.

(27) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, pág. 146.

(28) *Ibid.*, Libro cuarto, cap. VII, pág. 205.

(29) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, pág. 142.

(30) *Ibid.*, Libro tercero, cap. I, pág. 143.

(31) *Ibid.*, Libro tercero, cap. III, págs. 157-158.

(32) *Ibid.*, Libro quinto, descripción de Africa, págs. 229-230.

(33) *Ibid.*, Libro quinto, cap. I, pág. 233.